

bieron algún daño, porque cargaron los enemigos como si los nuestros fueran huyendo. Venían tan ciegos y engolosinados, que no advertían á las celadas que les ponían de los de caballo, en las cuales morían muchos, y los delanteros, que debían ser más esforzados, y aun con todo este daño, no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Albarado ganó también este día dos puentes de su calzada, y quemó algunas casas con ayuda de los tres bergantines, y mató hartos enemigos.

Algunos españoles culpaban á Cortés porque no iba mudando su real como iba ganando tierra; y las causas que para ello había eran grandes, porque cada día tenía un mismo trabajo, y aun siempre mayor, en ganar de nuevo y cegar otra vez las puentes y caños de agua. El peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse á nado todas las veces que ganaban puente; y unos no sabían nadar, otros no osaban, y otros no querían, porque los enemigos no les dejaban salir, á cuchilladas y botes de lanza; y así, se tornaban heridos ó se ahogaban. Otros decían que ya que no pasaba el real adelante, debía sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guardase. Mas él, aunque muy bien conocía esto, no lo quería hacer por mejor; que cierto estaba, si pasara el real á la plaza, que les podían cercar los contrarios, por ser grande la ciudad y muchos los vecinos; y así el cercador quedara cercado, y cada hora del día y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y ni pudiera resistir ni tuviera qué comer si la calzada perdía; pues sustentar las puentes era imposible, á lo menos dudoso, por dos razones: la una, porque eran pocos españoles, y quedando cansados el día, no podían pelear la noche; la otra, que si las encomendaba á indios era incierta la defensa y cierta la pérdida ó desbarate, de que se podría seguir gran mal. Así que por esto, como porque se confiaba en el buen corazón de sus españoles, que cayendo ó levantando habían de hacer como él, seguía su parecer, y no el ajeno.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Méjico
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cómo tuvo Cortés doscientos mil hombres sobre Méjico

Eran los de Chalco tan leales amigos de españoles, ó tan enemigos de mejicanos, que convocaron muchos pueblos y hicieron guerra á los de Iztacpalapán, Mexicalcingo, Cluitlauac, Vitcilopuchtli, Culuacán y otros lugares de la laguna Dulce, que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca después que sitió á Méjico le habían enojado. Á esta causa, y por ver que españoles llevaban de vencida á los mejicanos, vinieron embajadores de todos aquellos pueblos á encomendarse á Cortés, y á rogarle los perdonase de lo pasado, y que mandase á los de Chalco no les hiciesen más daño. Él los recibió en su amparo, y les dijo que no les sería hecho más mal; y que nunca de ellos tuvo enojo, sino de los de Méjico, y que por ver si era cierta ó fingida su embajada, les hacía saber cómo no levantaría el cerco hasta tomar aquella ciudad de paz ó de guerra. Por eso, que les rogaba le ayudasen con acalles, pues tenían muchos, y con la más gente que pudiesen armar en ellos, y le diesen algunos hombres que hiciesen casas á los españoles que no las tenían, y era tiempo de las recias aguas. Ellos prometieron de lo cumplir; y así, vinieron muchos hombres de aquellos lugares, y hicieron tantas casillas en la calzada, de torre á torre, donde era el real, que muy á placer cabían en ellas los españoles y otros dos mil indios que los servían; que los demás en Culuacán dormían siempre, que no estaba más de legua y media. También proveyeron estos el real de algún pan y pescado y de infinitas cerezas; de las cuales hay tantas por allí, que pueden bastecer doblada gente que entonces había en toda aquella tierra. Duran seis meses del año y

son algo diferentes de las nuestras. No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse á Cortés, y entraban y salían libremente entre españoles. Veníanse todos á sus reales, unos por ayudar, otros por comer, otros por robar, y muchos por mirar; y así, pienso que había sobre Méjico doscientos mil hombres; y aunque es mucho de ser capitán de tan grande ejército, fué mucho más la destreza y gracia de Cortés en tratar y regirlo tanto tiempo sin motín ni riña. Deseaba Cortés ganar y allanar la calle y calzada que va de Tlacopán, que es muy principal y tiene siete puentes, para que libremente se comunicase con Pedro de Albarado, que con esto pensaba tener hecho lo más; y para hacerlo llamó la gente y barcos de Iztaacpalapán y de los otros pueblos de la laguna Dulce, y luego vinieron tres mil; mil y quinientos de los cuales echó con cuatro bergantines en la una laguna, y los otros mil y quinientos en la otra con los tres bergantines, para que corriesen la ciudad, quemasen casas, é hiciesen todo el más daño que pudiesen. Mandó á cada guarnición que entrase por su cuartel y calle matando, prendiendo y destruyendo lo posible, y él metióse por la calle de Tlacopán con ochenta mil hombres. Ganó tres puentes de ella, y cególas; las otras dejó para otro día, y volvióse á su puesto. Tornó luego al siguiente día por la misma calle con la gente y orden pasada. Ganó muy gran parte de la ciudad, y nunca que Cuahutimoc diese señal de paz; de que mucho se maravillaba Cortés, y aun le pesaba, así por el mal que recibía, como por el que hacía.

Lo que hizo Pedro de Albarado por aventajarse

Quiso Pedro de Albarado pasar su real á la plaza del Tlatelulco, porque pasaba trabajo y peligro en sustentar

las puentes que ganaba con españoles á pie y á caballo, teniendo su fuerte lejos de ellos tres cuartos de legua, y por aventajarse tanto como su capitán, y porque le importunaban los de su compañía diciendo que les sería afrenta si Cortés ni otro alguno ganase aquella plaza antes que ellos, pues la tenían más cerca que ninguno; y así, determinó ganar las puentes de su calzada que le faltaban y pasarse á la plaza. Fué pues con toda la gente de su guarnición, llegó á una puente quebrada, que tenía de largo sesenta pasos; ca porque los nuestros no pasasen la habían alargado y ahondado dos estados en agua. Combatióla, y con ayuda de los tres bergantines pasó el agua y la ganó. Dejó dicho á unos que la cegasen, y siguió el alcance con hasta cincuenta españoles. Como los de la ciudad no vieron más de aquellos pocos, que no podían pasar los de caballo, revolvieron sobre él tan de súbito y con tanto denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse al agua, sin ver cómo. Mataron muchos de nuestros indios y prendieron cuatro españoles, que luego allí, para que todos los viesen, los sacrificaron y comieron. Albarado cayó de su locura por no creer á Cortés, que siempre le decía no pasase adelante sin dejar primero el camino llano. Los que le aconsejaron pagaron con las vidas, y Cortés sintió la pena; y otro tanto le pudiera entrevenir á él si creyera á los que decían que se pasase al mismo mercado; mas él lo consideraba mejor, porque cada casa estaba ya hecha isla, las calzadas por muchas partes rompidas, y las azoteas llenas de cantos; que de estos y otros tales ardidés muchos tuvo Cuahutimoc. Cortés fué á ver dónde había mudado su real Pedro de Albarado, y á le reprehender por lo sucedido, y avisarle de lo que tenía de hacer. Y como le halló tan metido dentro la ciudad, y consideró los muchos y malos pasos que había ganado, no sólo no le culpó, mas loóle. Platicó con él muchas cosas tocantes á la conclusión del cerco, y volvióse á su real.

Las alegrías y sacrificios que hacían mejicanos por una victoria

Dilataba Cortés de poner su real en la plaza, aunque cada día entraba ó mandaba entrar á la ciudad á pelear con los vecinos, por las razones poco antes dichas, y por ver si Cuahutimoc se daría, y aun también porque no podía ser la entrada sin mucho peligro y daño, por cuanto los enemigos estaban ya muy juntos y muy fuertes. Todos los españoles, juntamente con el tesorero del Rey, viendo su determinación y el daño pasado, le rogaron y requirieron que se metiese en la plaza. Él les dijo que hablaban como valientes, pero que convenía primero mirarlo muy bien; ca los enemigos estaban fuertes y determinadísimos de morir defendiéndose. Tanto replicaron, que al cabo otorgó lo que pedían, y publicó la entrada para el día siguiente. Escribió con dos criados suyos á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Albarado la instrucción de lo que hacer debían; la cual en suma era que Sandoval hiciese alzar todo el fardaje de su guarnición, como que levantaba real, y que pusiese diez de caballo en la calzada, tras unas casas, porque si de la ciudad saliesen creyendo que huían, los alanceasen, y él que se viniese adonde Pedro de Albarado estaba, con diez á caballo y cien peones y con los bergantines; y dejando allí la gente, tomase los otros tres bergantines, y fuese á ganar el paso do fueron desbaratados los de Albarado; y si lo ganaba, que lo cegase muy bien antes de ir más adelante; y que si fuese, no se alejase, ni ganase paso que no lo dejase ciego y bien aderezado; y Albarado, que entrase cuanto pudiese á la ciudad, y que le enviasen ochenta españoles. Ordenó asimismo que

los otros siete bergantines guiasen las tres mil barcas, como la otra vez, por entrambas lagunas. Repartió la gente de su real en tres compañías, porque para ir á la plaza había tres calles. Por la una entraron el tesorero y contador con setenta españoles, veinte mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores para cegar los caños de agua, allanar las puentes y derribar casas. Por la otra calle envió á Jorge de Albarado y Andrés de Tapia con ochenta españoles y más de diez mil indios. Quedaron á la boca de esta calle dos tiros y ocho de caballo. Cortés fué por la otra con gran número de amigos y con cien españoles á pie, de los cuales eran veinticinco ballesteros y escopeteros. Mandó á ocho de caballo que llevaba, quedarse, y que no fuesen tras él sin se lo enviar á decir. De esta manera entraron todos á un tiempo y cada cuadrilla por su cabo, é hicieron maravillas, derrocando hombres y albaradas y ganando puentes. Llegaron cerca del Tianquiztli; cargaron tantos indios de nuestros amigos, que entraron por las casas á escala vista y las robaron; y según iba la cosa, parecía que todo se ganaba aquel día. Cortés les decía que no pasasen más adelante, que bastaba lo hecho, no recibiesen algún revés, y que mirasen si dejaban bien cegadas las puentes ganadas, en que estaba todo el peligro ó victoria. Los que iban con el tesorero siguiendo victoria y alcance dejaron una quebrada falsamente ciega, que sería doce pasos en anchura y dos estados en hondura. Fué allí Cortés, como se lo dijeron, á remediar aquel mal recado; mas tan presto como llegó vió venir huyendo los suyos y arrojarse al agua por miedo de los muchos y asecutivos enemigos que venían detrás, los cuales se echaban tras ellos por matarlos. Venían también por agua barcas, que tomaban vivos muchos de nuestros amigos y aun españoles. No sirvió entonces Cortés y otros quince que allí estaban sino de dar las manos á los caídos; unos salían heridos, otros medio ahogados, y muchos sin armas. Cargó tanta gente enemiga, que los cercó. Cortés y

sus quince compañeros, embebecidos en socorrer á los del agua, y ocupados con los socorridos, no se dieron cata del peligro en que estaban; y así, echaron mano de él ciertos mejicanos, y lleváranse sino por Francisco de Olea, criado suyo, que cortó las manos al que le tenía asido, de una cuchillada; al cual mataron luego allí los contrarios; y así, murió por dar la vida á su amo. Llegó en esto Antonio de Quiñones, capitán de la guarda; trabó del brazo á Cortés, y sacóle por fuerza de entre los enemigos, con quien fuertemente peleaba. Ya entonces, á la fama que Cortés era preso, acudían españoles á la brega, y uno de caballo hizo algún tanto de lugar; mas luego le dieron una lanzada por la garganta, que le hicieron dar la vuelta. Estancó un poco la pelea, y Cortés cabalgó en un caballo que le trajeron; y porque no se podía pelear allí bien á caballo, recogió los españoles, dejó aquel mal paso, y salióse á la calle del Tlacopán, que es ancha y buena. Murió allí Guzmán, camarero de Cortés, por querer darle un caballo; cuya muerte dió mucha tristeza á todos, ca era honrado y valiente. Anduvo tan revuelta la cosa, que cayeron al agua dos yeguas; la una se remedió, la otra mataron indios, como hicieron al caballo de Guzmán. Estando combatiendo una albarrada el tesorero y sus compañeros, les echaron de una casa tres cabezas de españoles, diciendo que otro tanto harían de ellos si no alzaban el cerco. Viendo esto y entendiendo el estrago que digo, se retrajeron poco á poco. Los sacerdotes se subieron á unas torres del Tlatulco, encendieron braseros, pusieron sahumeros de copalli en señal de victoria. Desnudaron los españoles cautivos, que serían hasta cuarenta, abriéronlos por el pecho, sacáronles los corazones para ofrecer á sus ídolos, y rociaron el aire con la sangre. Quisieran los nuestros ir allá y vengar aquella crueldad, ya que estorbar no la podían; mas bien tuvieron qué hacer en ponerse en cobro, según la carga y priesa que les dieron los enemigos, no temiendo á caballos ni á espadas. Fueron este día cuaren-

ta españoles presos y sacrificados. Quedó herido Cortés en una pierna, y más de otros treinta. Perdióse un tiro y tres ó cuatro caballos. Murieron cerca de dos mil indios amigos nuestros. Muchas de nuestras canoas se perdieron, y los bergantines estuvieron para ello. El capitán y maestro de uno de ellos salieron heridos, y el capitán murió de la herida dende á ocho días. También murieron peleando este mismo día cuatro españoles del real de Albarado. Fué aciago el día, y la noche triste y llorosa para nuestros españoles y amigos. Regocijaron aquella tarde y noche los de Méjico con grandes fuegos, con muchas bocinas y atabales, con bailes, banquetes y borracheras. Abrieron las calles y puentes como antes las tenían. Pusieron velas en las torres, y centinelas cerca de los reales; y luego por la mañana envió el Rey dos cabezas de cristianos y otras dos de caballos por toda la comarca, en señal de la victoria habida, rogándoles que dejasen la amistad de españoles, y prometiendo que presto acabaría los que quedaban, y libraría toda la tierra de guerra; lo cual fué causa que algunas provincias tomasen ánimo y armas contra los amigos y aliados de Cortés, como hicieron Malinalco y Cuixco contra Coahunauac. Sonóse luego esto por muchas partes, y temían los nuestros rebelión en los pueblos amigos y motín en el ejército; mas quiso Dios que no lo hubiese. Cortés salió con su gente otro día á pelear, por no mostrar flaqueza, y tornóse de la primera puente.

La conquista de Malinalco y Matalcinco y otros pueblos

Á dos días del desbarato vinieron al real de Cortés los de Coahunauac, que ya de muchos días eran sus amigos, á

decirle cómo los de Malinalco y Cuixco les daban guerra y les destruían los panes y frutas, y le amenazaban á él para después que los hubiesen á ellos vencido; por tanto, que les diese alguna ayuda de españoles. Cortés, aunque tenía más necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió españoles, tanto por no perder crédito, cuanto por la instancia con que los pedían; lo cual contradijeron algunos españoles, que no les parecía bien sacar gente del ejército. Dióles ochenta peones españoles y diez de caballo, y por capitán á Andrés de Tapia, á quien encargó mucho la guerra y la brevedad. Dióle diez días de plazo para ir y venir. Andrés de Tapia fué allá, juntóse con los de Coahunauac, halló los enemigos en una aldea cerca de Malinalco, peleó con ellos en campo raso, desbaratólos y siguiólos hasta la ciudad, que es un pueblo grande, abundante de agua, y asentada en un cerro muy alto, donde los caballos no podían subir. Taló lo llano, y tornóse. Hizo tanto fruto esta salida, que libró los amigos y atemorizó los enemigos, que tomaban alas pensando que iban muy de caída los españoles. Al segundo día que Andrés de Tapia llegó de Coahunauac vinieron diez y seis mensajeros de lengua otomith, quejándose de los señores de la provincia de Matalcinco, sus vecinos, que les hacían cruda guerra y que les habían destruido la tierra, quemado un lugar y llevado la gente; y que venían hacia Méjico con propósito de pelear con los españoles, para que saliesen entonces los de la ciudad y los matasen ó echasen del cerco; y que proveyese presto de remedio, porque no estaban de allí más de doce leguas, y eran muchos. Cortés creyó ser así, porque los días atrás, cuando andaban peleando, le amenazaban mejicanos con Matalcinco. Envía allá á Gonzalo de Sandoval con diez y ocho caballos y cien peones y con muchos de aquella serranía que estaban días había en el cerco. Tanto hizo Cortés esto por no mostrar flaqueza á los amigos y enemigos, como por socorrer aquellos; que bien sabía en cuánto peligro andaban los

que iban y los que quedaban, y que se quejaban los suyos. Sandoval se partió, durmió dos noches en tierra de Otomith, que estaba destruida; llegó después á un río que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran presa de un lugar que acababan de quemar; y como vieron españoles y hombres á caballo, huyeron, dejando buena parte del despojo. Pasaron otro río y repararon en un llano. Sandoval los siguió. Halló en el camino fardeles de ropa, cargas de centli y niños asados. Arremetió á ellos con los caballos. Llegaron luego los de pie, y desbaratólos. Huyeron. Siguiólos hasta cerrarlos en Matalcinco, que estaba á tres leguas. Murieron en el alcance dos mil. La ciudad se puso en defensa para que entre tanto se fuesen mujeres y muchachos, y llevasen la ropa á un cerro muy alto, do había una como fortaleza. Acabaron en esto de llegar nuestros amigos, que serían hasta setenta mil. Entraron dentro, echaron fuera los vecinos, saquearon el pueblo y luego quemáronlo, y en esto se pasó la noche. Los vencidos se recogieron al cerro que digo. Tuvieron grandes llantos y alaridos y un estruendo increíble de atabales y bocinas hasta media noche; que después todos se fueron de allí. Sandoval sacó todo su ejército luego por la mañana. Fué al cerro, y no halló nadie ni rastro de los enemigos. Dió sobre un lugar que estaba de guerra; mas el señor dejó las armas, abrió las puertas, dióse, y prometió de traer de paz á los de Matalcinco, Melinalco y Cuixco. Y cumpliólo, porque luego les habló y los llevó á Cortés. Él los perdonó, y ellos le sirvieron muy bien en el cerco, de que mucho pesó al rey Cuahutimoc.

Determinación de Cortés en asolar á Méjico

Chichimecatl, señor tlaxcalteca, que trajo la tablazón de los bergantines, y que estaba con Pedro de Albarado del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1040. 1625 MONTERREY, MEXICO

principio de la guerra, viendo que ya no peleaban españoles como solían antes, entró con solos los de su provincia, cosa que no se había hecho, á combatir la ciudad. Acometió una puente con mucha grita, y apellidando su linaje y ciudad, la ganó. Dejó allí cuatrocientos flecheros, y siguió los enemigos, que de industria para cogerle á la vuelta huían. Revolvieron sobre él, y trabóse una muy gentil escaramuza; ca unos y otros pelearon reciamente y á la igual. Pasaron grandes razones. Muchos heridos y muertos de una y otra parte, con que todos cenaron muy bien. Diéronle carga, y pensaron asirle al paso del agua; mas él lo pasó seguramente con el favor de los cuatrocientos flecheros, que detuvieron los contrarios y les hicieron perder la soberbia. Quedaron los de Méjico corridos de aquella entrada y espantados de la osadía de tlaxcaltecas, y aun los españoles se maravillaron del ardid y destreza. Como no combatían los nuestros según solían, pensaban en Méjico que de cobardes ó enfermos, ó por ventura de hambrientos; y un día al cuarto del alba dieron en el real de Albarado un buen rebato. Sintieronlo las velas, tocaron al arma, salieron los de dentro á pie y á caballo, y á lanzadas les hicieron huir. Muchos de ellos se ahogaron, muchos fueron heridos, y todos escarmentaron. Dijeron tras esto los de Méjico que querían hablar á Cortés. Él se llegó á una puente alzada á ver qué decían. Ellos una vez pedían treguas y otra paces, y siempre ahincaban que los españoles se fuesen de toda su tierra. Era todo esto para descubrir qué corazón tenían los nuestros y para tomar algunos días de treguas á fin de se bastecer; que su voluntad siempre fué de morir defendiendo su patria y religión. Cortés les respondió que las treguas ni á él ni á ellos convenían; mas que la paz, pues en todo tiempo era buena, no se perdería por él, aunque era el cercador y tenía mucho qué comer. Que mirasen ellos cómo la querían, antes que se les acabase el pan; no se muriesen de hambre. Estando así platicando con el faraute, se puso en el ba-

luarte un viejo anciano, y á vista de todos sacó muy de su espacio de una mochila pan y otras cosas, que comió, dando á entender que no tenían necesidad; y con tanto se feneció la plática. Muy largo se le hacía á Cortés el cerco, porque en cerca de cincuenta días no había podido ganar á Méjico; y maravillábase que los enemigos durasen tanto tiempo en las escaramuzas y combates, y de que no quisiesen paz ni concordia, sabiendo cuántos millares de ellos eran muertos á manos de los contrarios, y cuántos de hambre y dolencia. Rogábales fuesen sus amigos; si no, que los mataría á todos y los tendría cercados por agua y tierra, para que no les entrasen fruta ni pan ni agua, y se comiesen unos á otros. Ellos decían que primero se morirían los españoles; y cuanto más miedo les ponían, más esfuerzo mostraban, y más reparos y ardidés hacían; ca hincheron la plaza y muchas calles de piedras grandes, para que no pudiesen correr los caballos; y atajaron otras calles á piedra seca, para que no entrasen españoles. Cortés, aunque no quisiera destruir tan hermosa ciudad, determinó derribar por el suelo todas las casas de las calles que ganase, y con ellas cegaron muy bien las canales de agua. Comunicólo con sus capitanes, y á todos les pareció bueno, aunque trabajoso y largo. Dijolo también á los señores indios del ejército, los cuales se holgaron con aquella nueva, y luego hicieron venir muchos labradores con huictles de palo, que sirven de pala y azada. En esto se pasaron cuatro días. Cortés, como tuvo gastadores, aperció su gente y comenzó á combatir la calle que va á la plaza Mayor. Los de la ciudad demandaron paz fingidamente. Cortés se detuvo y preguntó por el Rey. Respondieron que le habían ido á llamar. Esperó una hora, y al cabo tiráronle muchas piedras, flechas y varas, deshonrándole. Arremetieron entonces los españoles, ganaron una gran albarrada y entraron en la plaza. Quitaron las piedras que daban estorbo á los caballos, cegaron la agua de aquella calle de tal manera, que nunca más se abrió; de-

rocaron todas las casas, y dejando la entrada llana y abierta, se volvieron al real. Seis días á la continua hicieron los nuestros otro tanto como aquel, sin recibir mucho daño, salvo que al pestrero les hirieron dos caballos. Cortés les hizo luego al siguiente día una emboscada. Llamó á Gonzalo de Sandoval que viniese con treinta caballos suyos y de Albarado para juntar con otros veinticinco que él tenía. Envió los bergantines delante y toda la gente, y él metióse con treinta caballos en unas casas grandes de la plaza. Pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y retiráronse. Al pasar de aquella casa soltaron una escopeta, que era la señal de salir la celada. Venían con tanto hervor y grita los contrarios ejecutando el alcance, que pasaron bien adelante de la zalagarda. Salió Cortés con sus treinta caballeros, diciendo: «San Pedro y á ellos, Santiago y á ellos;» é hizo gran estrago, matando á unos, derrocando á otros, y atajando á muchos, que luego allí prendían los indios amigos. En esta celada, sin los de los combates, murieron quinientos mejicanos y quedaron presos otros muchos. Tuvieron bien qué cenar aquella noche los indios nuestros amigos. No se les podía quitar el comer carne de hombres. Ciertos españoles subieron á una torre de ídolos, abrieron una sepultura, y hallaron hasta mil y quinientos castellanos en cosas de oro. De esta hecha cobraron en Méjico tanto temor, que ni gritaban ni amenazaban como antes, ni osaron de allí adelante esperar en la plaza vez que los nuestros se retirasen, por miedo de otra. Y en fin, esto fué causa para más aina ganarse Méjico.

La hambre y dolencias que mejicanos pasaban con grande ánimo

Dos mejicanos, hombres de poca manera, se salieron de noche, de puro hambrientos, y se vinieron al real de

Cortés; los cuales dijeron cómo sus vecinos estaban muy amedrentados, muertos de hambre y dolencias, y que amontonaban los muertos en las casas por encubrirlos, y que salían las noches á pescar entre las casas y adonde no los tomasen los bergantines, y á buscar leña y coger yerbas y raíces que comer. Cortés quiso saber aquello más por entero. Hizo que los bergantines rodeasen la ciudad, y él con hasta quince de caballo y cien peones españoles, y muchos otros amigos, fué allá antes que amaneciese, metióse tras unas casas, y puso espías que le avisasen con cierta señal cuando hubiese gente. Como fué día, comenzó de salir mucha gente á buscar de comer. Salió Cortés, por la seña que tuvo, é hizo gran matanza en ellos, como los más eran mujeres y muchachos, y los hombres iban casi desarmados. Murieron allí ochocientos. Los bergantines tomaron también muchos hombres y barcos pescando. Sintieron el ruido las velas de la ciudad; mas los vecinos, espantados de ver andar por allí españoles á hora desacomtumbrada, temiéronse de otra zalagarda, y no pelearon. El día siguiente, que fué víspera de Santiago, patrón de España, entró Cortés á combatir como solía la ciudad. Acabó de ganar la calle de Tlacopán, y quemó las casas de Cuahutimoc, que eran grandes y fuertes y cercadas de agua. Ya con esto estaban, de cuatro partes de Méjico, ganadas las tres, y se podía ir seguramente del real de Cortés al de Albarado. Como se derribaban ó quemaban todas las casas de lo ganado, decían aquellos mejicanos á los de Tlaxcallán y de los otros pueblos: «Así, así, daos prisa; quemad y asolad bien esas casas; que vosotros las tornaréis á hacer, mal que os pese, á vuestra costa y trabajo; porque si somos vencedores, haréislas para nosotros, y si vencidos, para españoles.» Dende á cuatro días entró Cortés por su parte y Albarado por la suya; el cual trabajó lo posible por ganar dos torres del Tlatelulco, para estrechar los enemigos por su estancia, como hacía su capitán; hizo, en fin, tanto, que las ganó, aunque perdió tres caba-

llos. Al otro día se paseaban los de caballo por la plaza, y los enemigos mirando de las azoteas. Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos muertos por las casas y calles y en agua, y muchas cortezas y raíces de árboles roídos, y los hombres tan flacos y amarillos, que hicieron lástima á nuestros españoles. Cortés les movió partido. Ellos, aunque flacos de cuerpo, estaban recios de corazón, y respondiéronle que no hablase en amistad ni esperase despojo ninguno de ellos, porque habían de quemar todo lo que tenían, ó echarlo al agua, do nunca pareciese, y que uno solo que de ellos quedase, había de morir peleando. Faltaba ya la pólvora, bien que sobraban las saetas y picas, como se hacían cada día; y para dañar, ó á lo menos espantar los enemigos, se hizo un trabuco y se puso en el teatro de la plaza, con el cual nuestros indios amenazaban mucho á los de la ciudad. No lo acertaron hacer los carpinteros, y así no aprovechó. Los españoles disimularon con que no querían hacer más daño de lo hecho. Como habían estado cuatro días ocupados en hacer el trabuco, no habían entrado á combatir la ciudad, y cuando después entraron, hallaron llenas las calles de mujeres, niños, viejos y otros hombres mezquinos que se traspasaban de hambre y enfermedad. Mandó Cortés á los suyos no hiciesen mal á personas tan miserables. La gente principal y sana estaba en las azoteas sin armas y con mantas, cosa nueva y que puso admiración. Creó que guardaban fiesta. Requirióles con la paz; respondieron con disimulación. Otro día dijo Cortés á Pedro de Albarado que combatiere un barrio de hasta mil casas, que estaba por ganar, y que él le ayudaría por la otra parte. Los vecinos se defendieron muy bien un gran rato; mas al cabo huyeron, no pudiendo sufrir la furia y priesa de los contrarios. Los nuestros ganaron todo aquel barrio, y mataron doce mil ciudadanos. Hubo tanta mortandad porque anduvieron tan crueles y encarnizados los indios nuestros amigos, que á ningún mejicano daban vida, por más reprehendidos que

fuieron. Quedaron tan arrinconados en perdiendo este barrio, que apenas cabían de pies en las casas que tenían, y estaban las calles tan llenas de muertos y enfermos, que no podían pisar sino en cuerpos. Cortés quiso ver lo que tenía por ganar de la ciudad; subiósse á una torre, miró, y parecióle que una parte de ocho. Otro día siguiente tornó á combatir lo que quedaba. Mandó á todos los suyos que no matasen sino al que se defendiese. Los de Méjico, llorando su desventura, rogaban á los españoles que los acabasen de matar, y ciertos caballeros llamaron á Cortés á mucha priesa. Él fué corriendo allá, con pensar que era para tratar de algún concierto. Púsose orilla de una puente, y dijéronle: «¡Ah capitán Cortés! pues eres hijo del sol, ¿por qué no acabas con él que nos acabe? ¡Oh sol! que puedes dar vuelta al mundo en tan breve espacio de tiempo como es un día con su noche, mátanos ya, y sácanos de tanto y tan largo penar; que deseamos la muerte por ir á descansar con Cuetzalcouatlh, que nos está esperando.» Tras esto lloraban y llamaban sus dioses á grandes voces. Cortés les respondió lo que le pareció, mas no pudo convencerlos. Gran compasión les tenían nuestros españoles.

La prisión de Cuahutimoc

Cortés, que los vió en tanto estrecho y males, quiso probar si se darían. Habló con un tío de don Fernando de Tezcuco, que tres días antes había tomado preso, y aun estaba herido, y rogóle que fuese á tratar de paz con su rey. El caballero rehusó al principio, sabiendo la determinación de Cuahutimoc; pero al fin dijo que iría, por ser

cosa de honra y bondad. Así que Cortés entró otro día con su gente y envió aquel caballero delante con ciertos españoles; los que guardaban la calle lo recibieron y saludaron con el acatamiento que tal persona merecía; fué luego al Rey, y díjole su embajada. Cuahutimoc se enojó y le mandó sacrificar. La respuesta que dió fueron flechazos, pedradas, lanzadas y alaridos, y que querían morir, y no paz. Pelearon recio aquel día; hirieron y mataron muchos hombres, y un caballo con un dalle que traía un mejicano hecho de una espada española; pero si muchos mataron, muchos murieron. Otro día entró también Cortés, mas no peleó, esperando que se rendirían. Empero ellos no tenían tal pensamiento. Llegóse á una albarrada, habló á caballo con ciertos señores que conocía, diciendo que los podía muy bien acabar en chico rato, mas que de lástima lo dejaba, y porque los quería mucho; que hiciesen con el señor se diesen, y serían bien recibidos y tratados, y tendrían qué comer. Con estas y otras razones así les hizo llorar. Respondieron que bien conocían su error y sentían su daño y perdición; pero que habían de obedecer á su rey y á sus dioses, que así lo querían; mas que se esperase allí, que iban á decirlo á su señor Cuahutimocin. Fueron, y dende á un rato volvieron, diciendo cómo por ser ya tarde no venía el señor, mas que luego al otro día vendría sin duda ninguna, á hora de comer, á le hablar en la plaza. Con tanto, se tornó Cortés á su real muy alegre, pensando que en las vistas se concertarian. Mandó aderezar el teatro de la plaza con estrado, á la usanza de los señores mejicanos, y de comer para otro día. Fué con muchos españoles muy apercebidos. No vino el Rey, sino envió cinco señores muy principales que tratasen en conciertos, y que le disculpasen por enfermo. Pesó á Cortés que el Rey no viniese; empero holgóse mucho con aquellos señores, creyendo por su medio acabar la paz. Comieron y bebieron como hombres que tenían necesidad; llevaron algún refresco, y prometieron de tornar, porque

Cortés se lo rogó, y les dijo que sin la presencia del Rey no se podía dar ni tomar asiento ninguno. Volvieron dende á dos horas; trajeron de presente unas mantas de algodón muy buenas, y dijeron cómo en ninguna manera el Rey vendría, ca tenía vergüenza y miedo; fuéronse, que ya era noche. Volvieron otro día aquellos mismos á decir á Cortés que se fuése al mercado, que le haría hablar Cuahutimoc. Fué, y esperó más de cuatro horas, y nunca el Rey vino. Viendo la burla, envió Cortés á Sandoval con los bergantines por una parte, y él por otra, combatió las calles y albarradas en que estaban fuertes los enemigos; y como halló poca resistencia, ca no tenían piedras ni flechas, entró é hizo lo que quiso. Pasaron de cuarenta mil personas las que fueron aquel día muertas y presas, y más tuvieron que hacer los españoles en estorbar que sus amigos no matasen, que en pelear. El saco no se lo estorbaron. Era tanto el llanto de las mujeres y niños, que quebraba los corazones á los españoles; y tan grande la hediondez de los cuerpos que ya estaban muertos, que se retiraron luego. Propusieron aquella noche, Cortés de acabar otro día la guerra, y Cuahutimoc de huir, que para eso se metió en una canoa de veinte remos. Luego pues por la mañana tomó Cortés su gente y cuatro tiros, y fué al rincón do los enemigos estaban acorralados. Dijo á Pedro de Albarado que se estuviese quedo hasta oír una escopeta, y á Sandoval que entrase con los bergantines á un lago de entre las casas, donde estaban recogidas todas las barcas de Méjico, y que mirase por el Rey y no le matase. Mandó á los demás que echasen al enemigo hacia los bergantines; subióse á una torre, y preguntó por el Rey. Vino Xihuacoa, gobernador y capitán general. Hablóle, y no pudo acabar con él que se diesen. Todavía se salieron muchos, y los más eran viejos y muchachos y mujeres; y como eran tantos y traían prisa, unos á otros se rempujaban y se echaban al agua y se ahogaban. Rogó Cortés á los señores indios que mandasen á los suyos no

matasen aquella mezquina gente, pues se daba. Empero no pudieron tanto, que no matasen y sacrificasen más de quince mil de ellos. Tras esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor quería huir, y ellos ni tenían ni sabían adónde ir; y así, procuraron todos de meterse en barcas, y como no cabían, caían al agua y ahogábanse. Muchos hubo que se escaparon nadando. La gente de guerra se estaba arriada á las paredes de las azoteas, disimulando su perdición. La nobleza mejicana y otros muchos estaban en canoas con el Rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Albarado acometiese por su parte, y luego se tiró la artillería al rincón, donde estaban los enemigos. Diéronles tanta priesa, que en chico rato lo ganaron, sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas, sin que ninguna se defendiese. Antes echaron todas á huir por do mejor pudieron, y abatieron el estandarte real. Garci Holguín, que era capitán de un bergantín, dió tras una canoa grande de veinte remos y muy cargada de gente. Díjole un prisionero que llevaba consigo cómo eran aquellos del Rey, y que podía ser ir él allí. Dióle entonces caza, y alcanzóla. No quiso embestir con ella, sino encaróle tres ballestas que tenía. Cuahutimoc se puso en pie en la popa de su canoa para pelear; mas como vió ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navío, hizo señal que iba allí el señor, y rindióse. Garci Holguín, muy alegre con tal presa, lo llevó á Cortés, el cual le recibió como á Rey, hizole buen semblante, y llególe á sí. Cuahutimoc entonces echó mano al puñal de Cortés, y dijole: «Ya yo he hecho todo mi poder para me defender á mí y á los míos, y lo que obligado era para no venir á tal estado y lugar como estoy; y pues vos podéis agora hacer de mí lo que quisierdes, matadme, que es lo mejor.» Cortés lo consoló y le dió buenas palabras y esperanza de vida y señorío. Subióle á una azotea, rogóle mandase á los suyos que se diesen; él lo hizo, y ellos,

que serían obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

De la toma de Méjico

De la manera que dicho queda ganó Fernando Cortés á Méjico Tenuchtitlán, martes á 13 de agosto, día de San Hipólito, año de 1521. En remembranza de tan gran hecho y victoria hacen cada año, semejante día, los de la ciudad fiesta y procesión, en que llevan el pendón con que se ganó. Duró el cerco tres meses. Tuvo en él doscientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, diez y siete tiros de artillería, y trece bergantines y seis mil barcas. Murieron de su parte hasta cincuenta españoles y seis caballos, y no muchos indios. Murieron de los enemigos cien mil, y á lo que otros dicen, muy muchos más; pero yo no cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban á la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales; y así, murieron muchos nobles. Eran muchos, comían poco, bebían agua salada, dormían entre los muertos, y estaban en perpetua hedentina. Por estas cosas enfermaron y les vino pestilencia, en que murieron infinitos. De las cuales también se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito; porque llegando á extremo de comer ramas y cortezas, y á beber agua salobre, jamás quisieron paz. Ellos bien la quisieran á la postre; mas Cuahutimoc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos, no dieron señal de flaqueza; ca se tenían los muertos en casa porque sus enemigos no los viesen. De aquí también se conoce cómo mejicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos pien-